

SUAREZ Y NOSOTROS

Una hermosa tarde de Semana Santa, el miércoles catorce de abril de mil novecientos cincuenta y cuatro (extraña coincidencia del aniversario vigésimocuarto de la Segunda República española...), me recogí frente a la casa natal de Suárez, en Granada, delante de la Capitanía General, en el número diecisiete de la calle de Pavaneras, a los pies del cerro de la Alhambra, exactamente al lado de la pintoresca y mudéjar *Casa de los Tiros*. Contemplando aquella morada, edificada por el abuelo del ilustre maestro, héroe de la Reconquista de mil cuatrocientos noventa y dos, contra los Arabes, y constructor de una Granada nueva, venida otra vez al cristianismo, yo soñé en una muy aguda observación hecha por José María Alejandro, comparando al gran pensador granadino con su sitio natalicio y diciendo: «fin de un pasado y comienzo de una nueva historia, fin de reconquista y comienzo de reconstrucciones, transparencia y claridad en la profundidad fascinante de un cielo incomparable, el primer cielo que vio el filósofo español» (*Actas del IV Centenario del nacimiento de Francisco Suárez: 1548-1948*, Madrid, Dirección General de Propaganda, 1948, tomo I, p. 232).

Efectivamente, así como la casa natal de Goethe en Francfort, la de Hugo en Besançon, la de Beethoven en Bonn, o la de Jaurès en Castres, tal vez la sugestiva estancia de Suárez en Granada la Bella nos ofrece la llave de su genio y figura... El caso es que Suárez cierra un grandioso crepúsculo —el de la nítida y larga Escolástica—, pero anuncia al mismo tiempo un resplandeciente amanecer —el de la Modernidad, en su pasmosa etapa del Barroco, después de las fulguraciones del humanismo y de las crisis de la Reforma. Muchos comentadores lo han reparado: Suárez se encuentra en la encrucijada del siglo dieciséis, donde todo fue puesto en cuestión, y del siglo diecisiete, donde síntesis regeneradoras y sistemas ambiciosos fueron ensayados, a la luz de los grandes descubrimientos científicos, antropológicos, filosóficos o religiosos. En su muy reciente *Historia crítica del pensamiento español* (Espasa Calpe, Madrid 1979), cuyos tomos primero y segundo acaban de aparecer en este otoño, el profesor madrileño José Luis Abellán, escribe muy agudamente: «No es extraño, dado el privilegiado período histórico que le tocó vivir, que Suárez nos parezca como la cumbre de todo el pasado renacentista español y al mismo tiempo como el pensador que abre la puerta a nuevos planteamientos y concepciones» (Tercera parte, capítulo sexto, p. 806). De esta manera, el gran filósofo jesuita me parece, no un ecléctico superior o un sincrético prodigioso como un potente genio de la síntesis; dentro de su reflexión, cuyos